

TIEMPO DE HISTORIA TIEMPO DE HISTORICIDAD¹

Livia Sepúlveda Espinoza

Resumen

Se exponen cuestionamientos en torno a las relaciones entre el saber psicoanalítico y el de la historia, de modo de situar una posición política frente al trabajo clínico y su vinculación con lo social.

Todo ello a través de los planteamientos de diversos autores como Freud, Kaës, Puget, Abraham y Torox, entre otros, la autora identifica algunos posibles entrecruzamientos y anudamientos en el trabajo de historizar y de pensar desde las prerrogativas psicoanalíticas, en especial lo referido a la noción de *après coup* y de *transmisión*.

Palabras Clave: tiempo-historia-historizar-psicoanálisis- après coup -transmisión

No hay grupo ni institución ni sociedad sin memoria, sin trabajo de historización. Las sociedades que sostienen las utopías mortíferas rechazan la memoria y la historicidad. El “no recuerdes” no está aquí ordenado por la represión del horror, sino por la anulación de la historia y de la experiencia. (Käes, R. 2006, p.185)

El tema propuesto, sobre la historización y sus relaciones con el psicoanálisis, desencadena una serie de líneas asociativas, todas ellas tentadoras y sugerentes: ¿se trata del psicoanálisis de lo político en la historia? o ¿de la historia política del psicoanálisis?, o más bien, ¿de la relación entre contexto sociopolítico y mundo intrasubjetivo?

De cualquier forma, la propuesta obliga a descubrir algunas relaciones significativas entre dos ámbitos:

Historia y psicoanálisis por una parte, que aspiran a ser disciplinas científicas, y por otra a la política como una praxis instituyente directamente asociada a los ejercicios del poder.

¹ Ponencia presentada en el VI Congreso FLAPPSIP en la Mesa Redonda “Cruces y enlaces entre psicoanálisis, historia y política”, de Mayo 2011.

Sin embargo, esa aproximación sólo es posible y útil para nuestros propósitos, si previamente aclaramos algunas diferencias y relevamos un campo de problemas, por lo menos algunos de ellos, que subyacen al tema que nos convoca.

El campo común tiene que ver con el lugar del “pasado”, tanto en el presente individual como en el presente social amplio. Decir “pasado” implica dilucidar las múltiples relaciones que encontramos en la memoria y en el recordar. Agamben (2001) en su libro “Infancia e historia” tiene un capítulo en el que aborda específicamente el tema de las concepciones acerca del tiempo, que han sido prevalentes en las diferentes etapas del desarrollo de nuestra civilización. Al respecto dice “*cada concepción de la historia va siempre acompañada por una determinada experiencia del tiempo que va implícita en ella, que la condiciona y que precisamente se trata de esclarecer.*” (Agamben, 2001, p. 131)

En las culturas occidentales modernas, la concepción de tiempo sostiene la idea de un continuum infinito de instantes - la flecha del tiempo - en el que los acontecimientos se ordenan en torno a un sentido marcado por un antes y un después que constituye en sí el proceso histórico. Pasado y presente se esclarecen en su significado en el discurso del historiador como momentos de ese proceso. Los historiadores reconocen diferencias en las ideas de tiempo que presiden sus diferentes especialidades. Aluden a la historia sociocultural o inmediata cuando ésta se refiere a la construcción basada en las propias vivencias y percepciones sociales experimentadas, lo que constituyen la llamada “memoria social” diferente al “tiempo social” el cual responde a la reconstitución de hechos de vida objetivos, socialmente desaparecidos, que están en el pasado ya pasado, y en el que el historiador no ha participado, desde lo que se puede generar un relato historiográfico.

Para el historiador, la HISTORIA sería ese acontecer en el tiempo y el espacio acerca de sucesos humanos sobre los que se construye un relato (oficial o no).

Otro asunto es el tema de la “historicidad”, que sería en esencia lo verdaderamente histórico para el historiador. La historicidad sería o respondería al sentido del proceso en su conjunto descubierto en una interpretación a posteriori, après coup, que es difícil de captar por el individuo en particular en su presente puntual. Esto me recuerda la idea de Piera Aulagnier (1991) por aquello del “Aprendiz de Historiador”.

Y a propósito del tema que nos convoca, “Cruces y enlaces entre psicoanálisis, historia y política”, ¿y en el psicoanálisis de qué historia estamos hablando?

Lo primero es señalar que el tema es central, inseparable del trabajo con la memoria, con el recuerdo, con la repetición, con el olvido, con la represión, con el retorno de lo reprimido.

En el psiquismo individual nos encontramos directamente con aquella memoria singular del sujeto, constituido a lo largo de su historia. También escuchamos su memoria transubjetiva al decir de Kâes (Puget & Kâes, 2006), en la que se sostiene su identidad y sus pertenencias, y también con la memoria de la especie.

Cada una de estas memorias tiene su propio tiempo psíquico y un tiempo histórico.

El pasado psíquico puede mantenerse paralelamente en forma virtual o simultáneamente real; el pasado psíquico, en el tiempo psíquico, puede ser presente. No sucede así en el ámbito de lo social, en el que el pasado histórico puede ser borrado, omitido, anulado, desaparecido. Por tanto, podríamos pensar que entre tiempo psíquico y tiempo histórico sólo a veces hay conexiones; más bien pareciera ser que lo frecuente son las contradicciones, incompatibilidades y transposiciones.

Sin embargo, en el discurso del paciente recogemos una historia oficial en la que de alguna manera el Yo ha intentado hacer una historiografía acerca de su vida en su afán de coherencia. Historia que precisamente el analista se ocupa de acompañarlo a pensar y/o a deconstruir o construir. Es en ese proceso de deconstrucción – construcción en el que intentamos que emerja en el paciente una cierta “historicidad”, lo que denominamos como “el sentido”. En este proceso de producir historicidad nos vamos encontrando con los diversos estratos y formas de existencia en la que se presenta la memoria individual.

Cito a Kâes:

“Encontramos:

- Aquella del fantasma – memoria de lo que nunca fue.

- Aquella de la verdad – memoria de lo que fue.

- Aquella del cuerpo – memoria de lo que ha sido vivido con demasiada intensidad para ser elaborado.

- Y memoria de lo que no ha sido vivido para dejarse olvidar.” (Puget & Kâes,

2006, p. 175)

Estas “memorias singulares”, ligadas a la memoria colectiva, se entrelazan en un complejo devenir y se combinan en anudamientos que a veces pueden ser coherentes y otras, contradictorios. Y pueden ser detectadas en las relaciones vinculares que se dan desde antes del nacimiento hasta el presente del sujeto, en un tiempo que no es rectilíneo, ni reversible, y a veces, ni real. En él se conjugan todo tipo de determinismos, y en algunos de ellos interviene el azar. Desde una psicología social pichoniana y en sintonía con estas ideas, se concibe al sujeto como un anudamiento singular de complejas tramas relacionales, que van desde el primer vínculo con la madre y la estructura edípica hasta las condiciones institucionales, comunitarias, políticas y sociohistóricas, incluyendo el azar.

Es en el aprés coup, en los sueños, en la transferencia, en la historia del síntoma, que el pasado es tiempo presente haciendo posible su resignificación. De tal manera que eso que fue, será asumido en el presente por el paciente como su propia historia.

En el discurso individual hay que señalar que es posible que al analizado y al analista se les escapen los nexos vinculantes que ambos tienen con la historia colectiva de la cual forman parte, asunto que apunta a la relación entre realidad social y dispositivo analítico propiamente tal.

Freud tempranamente desarrolló un abordaje social grupal en cuanto al origen del aparato psíquico. En la introducción a su texto “Psicología de las masas y análisis del yo” dice “en la vida anímica del individuo, *el otro cuenta, con total regularidad, como modelo, como objeto, como auxiliar y como enemigo*”. (Freud, 1921, p. 67) Resultando paradójico que en lo más íntimo del origen de la estructura del Yo, de lo singular, se encuentre con los vínculos con los otros, con lo social – grupal. Si se trata de la identificación, necesariamente los otros son condición de posibilidad de la conformación de ese Yo, pero también esos otros tuvieron a su vez sus propios procesos de identificación en similares tramas relacionales, que traspasan lo familiar, alcanzando lo social e institucional.

Este descubrimiento señala un desplazamiento en relación a los diferentes énfasis en los desarrollos de la teoría psicoanalítica, así encontramos un psicoanálisis que privilegia los efectos de la estructura psíquica de los padres (relación de objeto, Edipo, organización del narcisismo) y otro que prioriza por un enfoque que se centra más bien

en los efectos de los acontecimientos particulares vividos por los propios padres y las modalidades de transmisión en las cadenas trans e intergeneracionales.

En las palabras de Janine Puget:

el sujeto humano está vinculado con el contexto social desde lo originario, sobre la base de un acuerdo inconsciente de fusión e indiscriminación a partir del cual, recibe sin intermediación un modelo sociocultural a través de los diversos estímulos perceptuales que le ofrece el contexto. Esto se transformará en código y sostén de sus vínculos parentales y sociales (...) por tanto, la inserción social es impuesta al individuo incluyéndolo en una historia que le precede y le postcede, de tal manera que transforma al sujeto en transmisor y actor de una organización social en la cual es sujeto activo y sujeto pasivo. (Puget & Kâes, 2006, p. 42)

Brillante reflexión de Janine Puget para dar cuenta en forma dialéctica del origen del sujeto psíquico en particular a partir de lo grupal – social - histórico.

El Sujeto Histórico -lo que se entiende propiamente tal como “el hombre”- es una síntesis dialéctica entre individuo (miembro de la especie) y sujeto producto de la historia. El individuo es puro organismo, el sujeto es relación.

Lo psíquico, entonces, surge en el límite entre lo orgánico y lo social señala Freud en 1914, subrayando que: “el individuo lleva una existencia doble, en cuanto es fin para sí mismo y eslabón dentro de una cadena de la cual es tributario contra su voluntad o al menos, sin que medie esta. (...) Lo que has heredado de tus padres para poseerlo, adquiérelo” (Freud, 1914, p. 76)

Estas ideas de Freud, que aparecen muy temprano en sus escritos, nos remiten a la noción de transmisión en cuanto a la descripción de la red de identificaciones constitutivas del Yo, así como en la concepción de la transferencia, en el contagio y en la imitación. En él, esta transmisión es intrapsíquica, intersubjetiva y transubjetiva.

El tema – el de la transmisión – es en sí muy complejo. Muchas de las investigaciones actuales admiten que este punto de vista ha operado hoy como una verdadera

revolución, no sólo en el sentido de fundamentar la idea de el lazo social como soporte del hecho psíquico individual al decir de Abraham y Torox (1978).

Transmisión aquí está definida como un proceso que supone una inscripción temporal y que puede tener distintos significados según los contextos en que se use. Presume una conjunción, en la que se cruzan lazo social y sujeto, operación que nunca es completa ya que hay cosas que son transmisibles y otras que se pierden o se transforman. Al respecto Graciela Frigerio señala que el “renunciar a la omnipotencia de creer que todo pudiera ser transmisible y tener un significado” (Frigerio 2004, p. 13), y por tanto, asumir su carácter fragmentario es una cuestión de vital importancia para la clínica de los procesos de duelo o de elaboración de diversas experiencias traumáticas. Es decir, no todo es transmisión, no podemos caer en análisis tendenciosos ni mecánicos en este sentido.

Se hace necesario también diferenciar esta noción de transmisión de la idea de comunicación. En palabras de Debray:

la comunicación es esencialmente un transporte en el espacio, (...) es puntual y sincronizadora y constituye una trama o red. (...) La transmisión es diacrónica y móvil, es una trama más un drama. Establece un vínculo entre los muertos y los vivos, la mayoría de las veces, en ausencia física de los emisores. (Debray 1991, p. 16)

En ese sentido, la transmisión tiene que ver tanto con la Historia como con los procesos de constitución del sujeto. Las historias se transmiten.

En los trabajos de Abraham y Torox (1978) sobre el duelo, la “cripta” y el “fantasma” apuntan a una concepción rigurosa y compleja de un proceso de elaboración en la vida psíquica de sucesos traumáticos que han sido transmitidos por sus ascendientes. Lo interesante es señalar que estos procesos de transmisión no sólo están definidos para situaciones especiales y traumáticas sino que se darían siempre en la relación ascendientes – descendientes. Los hechos traumáticos, si son elaborados oportunamente por aquellos que sufren, no darían paso a efectos patógenos en los descendientes. Sabemos que los duelos no elaborados, los secretos familiares sobre todo aquellos rodeados de vergüenza, afectan más tarde a los descendientes apareciendo transformados en distintos tipos de perturbaciones psíquicas o físicas.

En una familia que no hace un duelo, el clivaje efectuado por esa generación va a constituir para las generaciones posteriores una prehistoria de la historia personal, de tal manera que para la primera generación el contenido no elaborado se transforma en “indecible”. El sujeto es portador de lo que se llama una “cripta”. Para la segunda generación de hijos con padres portadores de “cripta”, los acontecimientos se hacen innombrables. Y en la tercera generación, los acontecimientos no sólo son indecible e innombrables sino que se hacen impensables. Aparecen trastornos mentales tales como delirios, toxicomanías, trastornos psicósomáticos, y en algunos casos, anulación de deseos tan importantes como el de tener hijos.

El tema es fascinante e interminable, en él confluyen ¿se cruzan? no sólo las ideas acerca de los fragmentos que se transmiten en las herencias trans e intergeneracionales, sino que también nos hacen preguntarnos sobre la necesidad de reflexionar psicoanalíticamente sobre dispositivos que nos permitan trabajar con estos contenidos. La vigencia del tema es un emergente de la incertidumbre, no sólo sobre la forma de continuidad de la sociedad en general sino también del psicoanálisis en particular.

Termino citando a Käs:

la noción de trabajo psíquico de la transmisión (base de la historia personal y de la historia social) se entiende como el proceso y el resultado de ligazones psíquicas entre aparatos psíquicos, y como las transformaciones operadas por estas ligazones. Admite la noción verificable en las formaciones de criptas, y de fantasmas, de un no-trabajo de la transmisión psíquica. Requiere la diferencia entre lo que es transmitido y lo que es recibido y transformado principalmente en el proceso de apropiación del sujeto de la herencia y de la transmisión por el yo que asume con ello el pensamiento y el lugar (...) hace la categoría del après coup la categoría central del pensamiento del origen del proceso psíquico y del porvenir, proyecta la hipótesis filogenética en su espacio heurístico fecundo: el de la reinscripción interpretativa y no el de la causalidad lineal. (Käs, Faimberg, Enriquez, & Baranes, 1996, p. 74)

Referencias

Abraham, N.; Torok, M. (1978) *L'écorce et le noyau*. Paris: Aubier – Flammarion.

Agamben, G. (2001). *Infancia e historia*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo.

Aulagnier, P. (1991) *Aprendiz de historiador y Maestrobrujo*. Buenos Aires: Amorrortu.

Puget & Kaës (comp.) (2006) *Violencia de Estado y psicoanálisis*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.

Kaës, R., Faimberg, H., Enriquez, M. & Baranes, J.-J. (1996) *Transmisión de la vida psíquica entre generaciones*. Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1914). Introducción al narcisismo. En Strachey, J. (1979) *Obras Completas*, Vol. XIV Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1921) *Psicología de las masas y análisis del yo*. En Strachey, J. (1979) *Obras Completas*, Vol. XVIII. Buenos Aires: Amorrortu.

Frigerio, G. & Diker, G. (2004) Los avatares de la transmisión. En Frigerio, G. & Diker, G. (Comp.) *La transmisión en las sociedades, las instituciones y los sujetos*. Argentina: Novedades Educativas.

Debray, R. (1997) *Transmitir*, Argentina: Manantial.

Livia Sepúlveda Espinoza, Licenciada en Psicología Universidad de Chile, Magíster © Psicoanálisis Universidad Adolfo Ibáñez; Psicoanalista del Circulo Mexicano y de ICHPA, Directora y cofundadora de la Escuela de Psicología Grupal y Análisis Institucional “Enrique Pichon-Riviére” Santiago de Chile. Valenzuela Castillo 916 Providencia, liviasepulveda@gmail.com; (56-02) 235 90 14.